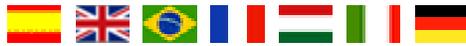


FANTASÍAS GULLIVERIANAS¹ (1926g).



Sándor Ferenczi

Señor Presidente, Señoras, Señores:

Para empezar, permítanme agradecerles el honor que me han dispensado al invitarme a presentar la conferencia de apertura de la Asamblea anual de su respetable Asociación. Pienso que este honor se le concede al psicoanálisis más que a mi propia persona. La visita que hice a este país hace diecisiete años en compañía del profesor Freud me permite comparar la situación del psicoanálisis en 1909 con la que actualmente disfruta, tanto en los Estados Unidos como en Europa. Aparte del interés manifestado por el método freudiano por dos grandes sabios americanos, los doctores Stanley Hall y J. J. Putnam, éste sólo estaba representado en los Estados Unidos por una persona, el doctor A. A. Brill. La situación no era mucho más brillante en Europa en aquella época. Sólo éramos un puñado de pioneros diseminados por el mundo, generales sin ejércitos, pero trabajábamos, sin embargo, llenos de esperanza y de optimismo. Nuestro inmenso tesoro de esperanza en esta época me recuerda la historia del mendigo que reparte sus bienes entre sus hijos. Al primero le dice: “Tú podrás mendigar en Alemania”, al segundo: “Tú tendrás Hungría”, mientras que al tercero le concede Suiza y al cuarto América. Desde entonces, hemos sido conocidos cada vez más por el público y podemos vanagloriarnos de tener toda una multitud de partidarios del psicoanálisis tanto en este país como en Europa: en todo caso, debo constatar que el interés por el psicoanálisis por quienes no han recibido una verdadera formación analítica se halla más extendido en América que en Europa. Si tuviera que explicar este fenómeno, me vería tentado a afirmar que el espíritu de libertad característico del genio americano impide que una ciencia joven sea rechazada por simple conservadurismo y sin ninguna otra formalidad, como han intentado hacer algunas universidades europeas. Por otra parte, permítanme recalcar que este espíritu de libertad no se halla exento de ciertos riesgos. En el curso de una discusión con varios americanos eminentes, me confesaron que su espíritu liberal resultaba afectado por el principio fundamental de Freud según el cual todo analista debe primeramente ser analizado. Temo que esta actitud comprometa las ventajas que ustedes extraen de su amor a la libertad y les dificulte la posibilidad de evaluar correctamente los métodos de Freud. El hecho de que las contribuciones científicas al psicoanálisis sean más numerosas y más importantes en Europa se explica probablemente por la existencia de un grupo más nutrido de analistas bien formado y por la posibilidad de adquirir una formación analítica en un cierto número de Institutos de Psicoanálisis que no existen en América.

Para concluir esta comparación, me limitaré a añadir algunas indicaciones. En Europa es corriente que alguien se apropie de partes importantes de la obra de Freud, modifique la forma y la metodología y las publique como trabajos originales. No he advertido nada parecido en la literatura americana. Por el contrario, parece que en América (posiblemente bajo la presión de la opinión pública) se encuentran mucho más dispuestos que en Europa a aceptar las teorías dulzonas de algunos antiguos discípulos de Freud. He observado también que existe aquí una inquietud exagerada en cuanto al problema del análisis por quienes no son médicos, probablemente debido a que existen muchos más charlatanes peligrosos en América que en Europa. Vivamente impresionados por este peligro, ustedes parecen subestimar el beneficio que sacamos de la colaboración con los analistas que no son médicos pero

1. Conferencia pronunciada en la Asamblea anual de la Sociedad de Psiquiatría Clínica de Nueva York, el 9 de diciembre de 1926.

que han recibido una sólida formación en lo que se refiere a la práctica médica y al trabajo social y pedagógico, los miembros de la profesión médica no son lo bastante numerosos para encargarse de todos los casos de neurosis, ni para ocuparse de todos los “niños difíciles” ni de todos los criminales. Además, en los campos de la etnología, de la pedagogía, de la historia y de la biología, nos vemos obligados a colaborar con investigadores que no son médicos pero están formados en el psicoanálisis. Confío en que esta divergencia de opiniones entre Freud y sus adeptos americanos se solucione pronto a gusto de todos.

Mi primera intención ha sido la de ofrecerles hoy una visión general de la relación existente entre la psiquiatría y el psicoanálisis. Pero haciéndolo no conseguiría otra cosa que añadir un ensayo más a todos los que ya se han consagrado al psicoanálisis, que ustedes, sin duda, habrán leído. En consecuencia, he preferido mostrarles con un ejemplo concreto cómo trata el psicoanálisis un problema psiquiátrico particular. Soy plenamente consciente de los riesgos que comporta esta experiencia. Al inducirles a arrojarnos en la olla hirviente del trabajo psicoanalítico, provocaré ciertamente resistencias en quienes no tienen la costumbre de examinar los síntomas psíquicos a la luz de nuestra comprensión analítica de los símbolos. Confío en que esta resistencia sea simplemente pasajera y que la experiencia ulterior les convenza de que nuestra ciencia no es ni tan mística ni tan especulativa como puede parecer a primera vista.

Con su permiso voy a entrar ahora en el tema de esta conferencia. Todos ustedes han observado en su práctica a pacientes psicóticos que sufrían alucinaciones en las que aparecían gigantes y enanos, alucinaciones que iban acompañadas de sentimientos de angustia y de temor. A menudo los enanos y las criaturas diminutas aparecían ante estas personas como formas terroríficas. Las deformaciones ilusorias macrópticas y micrópticas del mundo circundante son algo más raras, pero tampoco son excepcionales entre los alcohólicos y los histéricos. En general, los viejos manuales de psiquiatría no se arriesgan a explicar este tipo de síntomas, y cuando lo hacen, es sobre una base puramente fisiológica. Así, por ejemplo, atribuyen las sensaciones entópticas a un espasmo de los músculos libido-constrictores o a perturbaciones circulatorias de la retina o de los centros ópticos del cerebro. Probablemente, bajo la influencia de las teorías de Freud, los psiquiatras comienzan a considerar estos síntomas desde un ángulo más psicológico. Algunos les han dado el nombre de alucinaciones *liliputianas*.

Sin embargo, esta sintomatología necesita una explicación psicoanalítica más elaborada. Mi práctica analítica, que cuenta ya con veinte años, me permite según creo, arrojar alguna luz sobre esta cuestión. Lo esencial de mi experiencia a este respecto me ha sido proporcionado por los sueños de los neuróticos, sobre todo por los pacientes afectados por una neurosis de angustia. Los sueños en los que aparecen gigantes y enanos están generalmente caracterizados por una notable angustia, aunque no siempre ocurren así. A veces son verdaderas pesadillas; en otros casos, al contrario, el aumento o disminución de una persona, un animal o un objeto inanimado, van acompañados no de angustia sino de cierto sentimiento de placer. En la *Interpretación de los sueños* de Freud, principal fuente de nuestro saber sobre la naturaleza de los sueños, hallamos la explicación de este tipo de sueños; según Freud, una desproporción visual tiene siempre alguna relación con la primera infancia. Mi experiencia confirma este punto de vista. La aparición repentina de gigantes o de objetos agrandados es siempre el residuo de un recuerdo infantil que data de una época en la que, debido a que éramos pequeños, todos los objetos nos parecían gigantescos. Por el contrario, una reducción desacostumbrada de la talla de los objetos y de las personas debe atribuirse a las fantasías compensatorias de la realización del deseo del niño de reducir lo más posible las proporciones de los objetos terroríficos que les rodean. En muchos sueños, esta tendencia a reducir o a aumentar reviste una forma mucho menos simple, pues las personas reducidas o aumentadas aparecen no como seres vivos sino sufriendo una deformación simbólica. Por ejemplo, los sueños de paisajes con montañas y valles, que representan cuerpos o partes de cuerpos masculinos o femeninos, pueden ser considerados por el psicoanálisis como sueños liliputienses, si comparamos la talla del soñador con la de los personajes o los órganos representados simbólicamente por el paisaje. Huecos de escalera, casas y excavaciones profundas son representación simbólica de la madre, y la aparición del padre o de su órgano genital en forma de torre o de árbol gigantesco presenta una cierta analogía con las fantasías gulliverianas. Una de las imágenes oníricas más frecuentes es la de ser salvados de las aguas, mar o pozo profundo que simboliza el seno materno. Freud interpreta estos sueños de salvamento como los sueños simbólicos del nacimiento. Otros, en los que se trata de penetrar en una cueva o en un lugar subterráneo, de trepar, de subir o bajar en un ascensor, etcétera, son interpretados por Freud como una deformación de fantasías de coito, en general refiriéndose a una mujer, a la que el soñador respeta de forma especial. Según mi experiencia, las fantasías de nacimiento, que

consisten en sacar a alguien del agua o en salir o meterse en agujeros, tienen generalmente una doble interpretación. La más superficial, admitida casi siempre, e incluso formulada espontáneamente por el paciente, es la fantasía del nacimiento. El factor superdeterminante oculto y admitido con más dificultad es la fantasía de relación sexual con una mujer altamente estimada cuyo derecho al respeto y su carácter peligroso se explican por la enorme talla del símbolo. *La deformación de las fantasías de relación sexual en fantasías simbólicas de nacimiento implica que el soñador ha logrado sustituir su cuerpo entero por su órgano sexual. A mi parecer, es el principal motivo de los sueños liliputienses.*

Saben ustedes sin duda que Freud fue el primero en reconocer la importancia de las fantasías intrauterinas para el inconsciente. A continuación, y partiendo de la situación de esas fantasías, he elaborado una teoría de la genitalidad, mostrando que el acto sexual representa simbólicamente el deseo de retornar al seno materno.² Posteriormente, Rank ha llegado a considerar esas fantasías de retorno al seno materno y de nacimiento como el problema nuclear de toda la psicología de las neurosis. Sostiene que “el traumatismo del nacimiento” determina no sólo la sintomatología neurótica sino también el desarrollo psíquico normal. Freud rechaza esta tesis parcial y obsesiva, y yo, comparto su opinión. Del mismo modo, no podemos adoptar la nueva técnica terapéutica que Rank establece sobre su teoría del traumatismo del nacimiento.³ Parece haber olvidado algunas de sus propias contribuciones valiosas a la psicología del sueño, en particular todo lo que se refiere a la superdeterminación del contenido del sueño y de los síntomas neuróticos. Incluso cuando tiene en cuenta la compleja estructura de la fábrica de sueños, Rank subestima la importancia verdadera del elemento sexual y del complejo de castración y tiene excesiva tendencia a tomar al pie de la letra cualquier asociación y cualquier fantasía del paciente que parezcan referirse al traumatismo del nacimiento.

Mi experiencia sobre fantasías y símbolos gulliverianos entre los neuróticos me ha aportado la prueba absolutamente indiscutible de que las fantasías de nacimiento o de retorno al seno materno representan en general la huida del traumatismo sexual reemplazado por la idea menos espantosa del nacimiento. Por ejemplo, una de mis últimas pacientes soñaba a menudo que era enterrada viva en un agujero, o que era una pequeña persona minúscula obligada a saltar cadenciosamente entre los radios de una rueda que giraba con gran rapidez, amenazada constantemente con ser aplastada por esa rueda. También experimentaba a menudo la tentación repentina del saltar por la ventana. La propia paciente interpretaba estas fantasías oníricas y todos esos impulsos como representaciones del nacimiento, pero un análisis más minucioso demostró que todo el complejo constituido por esas fantasías de nacimiento y de útero materno no eran sino la deformación liliputiense de tentaciones sexuales. La misma paciente soñaba a menudo con minúsculos hombrecillos negros y, en una de sus fantasías surgidas por asociación, le acometió un gran deseo de devorarlos. A continuación aparecía una asociación totalmente espontánea: comer materias fecales de color oscuro, y luego morder y devorar un pene. Cuando comía, tenía la impresión de que todo su cuerpo se transformaba por así decir en un órgano sexual masculino, esta deformación le permitía mantener relaciones sexuales con las mujeres en sus fantasías inconscientes. Tales asociaciones revelaban la existencia de una tendencia masculina en esta paciente y las minúsculas criaturas de sus sueños no representaban tan sólo el nacimiento sino también, a un nivel psíquico más profundo, sus tendencias sexuales y su deseo del pene.

Uno de mis pacientes masculinos se acuerda de que en las fantasías masturbatorias de su juventud existía un pequeño personaje femenino imaginario a quien llevaba siempre en su bolsillo, sacándolo de vez en cuando para jugar con él. Este paciente tenía también algunos sueños de repetición que se habían ido manifestando a lo largo de su vida y que se reproducían durante el análisis; sueños en los que se veía transportado a una sala inmensa. Ya habrán adivinado que la potencia sexual de este hombre era bastante escasa. Formaba parte de esa especie de personas que sufren eyaculación precoz o una incapacidad de erección con las mujeres a las que aman y respetan, manifestando únicamente potencia con las prostitutas. Éstos son tan sólo algunos ejemplos entre los muchos casos que me han permitido constatar que las fantasías liliputienses relativas al útero caracterizan a los individuos cuyo desarrollo sexual no ha sido suficientemente normal para que su pene se convierta en el transcurso del coito en un equivalente plenamente representativo del cuerpo entero.

2.- “Thalassa”, en este volumen.

3.- Crítica de la obra de Rank “La técnica del psicoanálisis”, en este volumen.

También Freud ha llegado a la conclusión (conforme a mi teoría de la genitalidad) de que las personas incapaces de alcanzar este nivel de realidad sexual sienten cierta preferencia por las fantasías en las que sustituyen su cuerpo por el órgano sexual.

Un paciente que sufría una neurosis obsesiva muy grave me contó que en sus fantasías masturbatorias se representaba siempre a sí mismo bajo el aspecto de un hombre corpulento rodeado de todo un harén de mujeres minúsculas que le servían, le lavaban, le acariciaban, peinaban los pelos del pubis y luego jugaban con su sexo hasta provocar la eyaculación. En los dos últimos pacientes, la angustia representa en realidad el temor de la castración unido a la idea del coito, y *las fantasías gulliverianas igual que las fantasías uterinas no son más que sustitutos por desplazamiento de la idea penosa de ser castrado a causa de los deseos incestuosos.*

Las fantasías unidas al traumatismo del nacimiento pueden compararse a los sueños de examen que tienen los neuróticos impotentes durante la noche que precede a una actividad sexual de la que no se sienten capaces. En el sueño, que va acompañado de intensa sensación angustiosa, sufren generalmente un examen sobre un tema que en realidad conocen a fondo o que ha sido ya objeto de un examen superado. Ahora bien, la experiencia del nacimiento constituye para cada uno de nosotros una prueba que hemos superado con éxito, que puede entonces convertirse en el sustituto menos terrorífico de una tarea sexual real, actual y temida, y en consecuencia de la amenaza de castración que va unida a ella. La comparación entre fantasías liliputienses o fantasías de nacimiento y sueños de examen sigue siendo válida, según creo, en otro punto: no hay ningún traumatismo para el que estemos tan bien preparados como para el del nacimiento. El nacimiento propio constituye ciertamente un choque, que Freud ha sido el primero en subrayar, pero la preparación para las dificultades de la vida extrauterina, así como los cuidados atentos que el instinto maternal prodiga al niño inmediatamente después del nacimiento, hacen este traumatismo mucho más ligero.

Pero cuando se trata del desarrollo sexual del niño, ni el padre ni la madre parecen poseer un instinto innato que les permita acudir en su ayuda; por el contrario, los padres atemorizan a menudo a sus hijos con amenazas de castración y éste es el mayor y más importante de los “traumatismos” que llevan a la neurosis. Los síntomas pasajeros o “transitorios” observados durante el análisis de mis pacientes⁴ han revelado a veces un desplazamiento súbito de sensaciones genitales o de excitaciones sexuales por toda la superficie del cuerpo. Por ejemplo, la erección ha sido representada, según un proceso de conversión histérica, mediante un aflujo de sangre a la cabeza. En toda una serie de casos de homosexualidad masculina rechazada, he constatado que en los momentos de excitación sexual toda la superficie cutánea se acaloraba. No debe excluirse el que la expresión argótica alemana para designar a los homosexuales, “hermanos de calor”, tenga su origen en este síntoma. Otros pacientes me han contado que experimentaban bruscamente una rigidez muscular generalizada en lugar de una erección. Yo he constatado que los casos de tirantez dorsal neurótica o de calambres pasajeros en las piernas podían explicarse a menudo de la misma manera. Es posible que estos síntomas de conversión histérica proporcionen la infraestructura fisiológica sobre la que se eleva la superestructura psíquica de las fantasías gulliverianas.

Como ya he dicho, esta tendencia a aumentar o a reducir incide con similar frecuencia sobre el cuerpo masculino y sobre el cuerpo femenino. El material que proviene de las asociaciones de aquellos pacientes que producen este tipo de fantasías está ligado, en el caso de los muchachos, al temor que siente el niño frente al padre gigantesco, temor que resulta de la comparación de sus propios órganos genitales con los del padre.

Aparentemente el temor a la castración y a la mutilación, o el terror de ser devorado o tragado, es mayor aún en el inconsciente que el temor a la muerte. Mientras no estamos mutilados, el inconsciente considera el hecho de ser enterrado, ahogado o tragado como una especie de prolongación de la existencia *in toto*. Aparentemente el inconsciente no puede concebir que la muerte implique una cesación completa de la existencia, mientras que incluso la más ligera alusión simbólica a una mutilación como la de cortar los cabellos o las uñas, amenazar con una espada, un cuchillo o las tijeras, o simplemente apuntando con el dedo, puede provocar como reacción una intensa angustia de castración. En sus sueños y en sus fantasías, un niño pequeño prefiere representarse como un enano devorado por el padre terrible, evitando que entre

4.- “Síntomas transitorios en el curso de un psicoanálisis”, en el volumen I.

en juego su órgano genital, más que imaginarse de gran tamaño pero con los órganos genitales amenazados de mutilación. Del mismo modo, la niña prefiere la fantasía oral de ser devorada conservando intactos sus órganos genitales a la idea de ser herida en estos órganos por el pene masculino (lo que significaría la aceptación sin reservas de la ausencia de pene).

Debo confesar que nunca hubiera tenido el valor de hablarles de todas estas fantasías inconscientes, simplemente reconstruidas a partir de sueños y fundadas en las palabras de los pacientes, si no hubiera tenido la certeza de que al ser ustedes psiquiatras han podido comprobar repetidas veces la existencia de tendencias de castración activas y pasivas, a menudo muy claras en las psicosis. En la monografía titulada *Versuch einer Genitaltheorie*,⁵ he tratado de ofrecer una explicación teórica de esta alta valoración del pene, mostrando que los órganos sexuales, en particular el pene y el clítoris, constituyen la reserva de placer de cualquier individuo y son estimados por el Ego como una especie de segunda personalidad a la que he llamado el Ego libidinoso. Ustedes saben con qué frecuencia los niños y las gentes sencillas dan nombres peculiares al órgano genital como si se tratara de un ser independiente.

Voy a intentar ahora animar la monotonía de esta exposición un tanto seca y teórica recordándoles algunos pasajes extraídos de los dos primeros viajes de nuestro amigo y colega Gulliver, con la esperanza de dar mayor verosimilitud a mis ideaciones.

Tomemos en primer lugar la descripción del despertar de Gulliver en el país de Lilibut:⁶ “Cuando me desperté, acababa de nacer el día. Traté entonces de levantarme, pero no pude hacer el menor movimiento; como estaba tumbado sobre la espalda, me di cuenta de que mis brazos y mis piernas se hallaban sólidamente fijados al suelo por ambos lados y que mis cabellos, que eran largos y poblados, también estaban atados al suelo de la misma forma. Sentí alrededor de mi cuerpo numerosas y finas ligaduras que me ceñían desde las axilas hasta los muslos.

Sólo podía mirar por encima de mí; el sol comenzó a calentar y la viva luz hería mis ojos. Escuché un confuso rumor a mi alrededor, pero en la posición en que me encontraba no podía ver nada más que el cielo. Al cabo de un momento sentí que algo vivo se movía sobre mi pierna izquierda, y luego que avanzaba lentamente sobre mi pecho llegando casi hasta mi mentón; inclinando la mirada todo lo que pude, descubrí que era una criatura humana, de unos seis pies de alta, que llevaba en una mano un arco y en la otra una flecha, colgándole de la espalda un carcaj.

Al mismo tiempo, sentí que unos cuarenta seres de la misma especie, o que al menos me parecieron tales, trepaban tras el primero. Experimenté una inimaginable sorpresa y lancé un grito tan potente que huyeron todos espantados. Algunos de ellos, como supe después, se hirieron al saltar con rapidez a tierra desde lo alto de mis costados” (p. 31-32).

Esta descripción evoca en muchos aspectos las apariciones narradas frecuentemente por nuestros pacientes neuróticos que nos hablan del espanto que sienten a la vista de pequeños animales y de homúnculos sentados sobre su pecho.

Quienes intentan explicarlo todo por el traumatismo del nacimiento señalarán probablemente otro detalle, un número sospechoso que aparece en la página 73. Gulliver declara haber permanecido nueve meses y trece días en el país de Lilibut: este período corresponde exactamente a la duración de un embarazo. Por otra parte, podemos citar el hecho de que los pequeños lilibutienses medían exactamente seis pies, número sospechoso desde otro punto de vista, tanto más cuanto que Gulliver advierte que “los lilibutienses eran mucho más largos que mi dedo medio” y, más adelante, que no podía equivocarse en su estimación porque “los he tenido a menudo en mi mano” (habla de los lilibutienses).

Un poco después dice: “Doscientas costureras fueron encargadas de la confección de mi ropa..., me tumbé por tierra para que pudieran tomar mis medidas: una de ellas, encaramada a mi cuello, otra a mi rodilla..., a continuación midieron el grosor de mi pulgar y ya no hicieron nada más. Aplicando la fórmula matemática: dos gruesos de pulgar equivalen a un grueso de puño, y así sucesivamente hasta calcular el

5.- “Thalasa”, en este volumen.

6.- Esta cita, como las siguientes, corresponden a la edición de la *Pléiade* (Gallimard), presentada y anotada por Émile Pons con la colaboración de Jacques y Maurice Pons y Bénédicte Lilamand. El autor cita según la edición Tauchnitz. (N del T).

grueso del cuello y de la talla...” (p. 73-74). Es significativo que sea precisamente un dedo, típico símbolo genital, el que sirva como unidad de medida para todo el cuerpo. Sin duda ustedes se habrán extrañado, como me ocurrió a mí, de la similitud entre esta fantasía de ser servido por un gran número de pequeñas mujeres y las fantasías masturbatorias de uno de mis pacientes.

Las fuertes tendencias exhibicionistas de Gulliver y su enorme deseo de ser admirado por los liliputienses a causa del tamaño de su órgano genital se hallan claramente revelados por la descripción de una parada organizada en su honor por el ejército liliputiense: “(El emperador) me rogó que adoptara la postura del coloso de Rodas, de pie y con las piernas separadas al máximo y luego encargó a su general... que situara sus tropas en columna y les hiciera desfilar por debajo de mí... haciendo sonar los tambores, con las banderas al viento y con las lanzas levantadas... Su majestad había prohibido a todos los soldados bajo pena de muerte la más mínima falta de respeto hacia mi persona durante el desfile; lo que no impidió a algunos oficiales jóvenes levantar los ojos al pasar por debajo de mí. Y la verdad me obliga a decir que mis calzoncillos estaban tan mal hechos que tenían ocasión de reírse y de maravillarse” (p. 53).

¿No podría afirmarse que así es exactamente la fantasía o el sueño de consolación de un hombre impotente que sufre en estado de vigilia por la idea de tener un pene demasiado pequeño y que, debido a este sentimiento de inferioridad, teme mostrar su sexo, pero que en sus sueños se deleita con la admiración de quienes tienen aún el pene más pequeño que el suyo?

Un delito mayor pone en peligro extremo la vida de Gulliver. Voy a hablar del incidente que tiene lugar cuando orina en presencia de la Emperatriz. Como posiblemente sepan, la Reina o la Emperatriz es un símbolo maternal típico. Se declara el fuego en las habitaciones de la Emperatriz y los liliputienses son incapaces de extinguirlo. Afortunadamente, nuestro héroe Gulliver está presente y realiza su heroica acción de la siguiente forma: “Había bebido la víspera grandes cantidades de un vino delicioso..., que es muy diurético. Y debido al azar, no había vaciado aún mi vejiga. Al acercarme a las llamas y al trabajar duramente para extinguirlas, me calenté de tal manera que el vino comenzó a operar: tuve deseos de orinar y lo hice con tanta abundancia y oportunidad que en tres minutos el fuego quedó apagado” (p. 66).

Quienes están familiarizados con el modo de expresión del inconsciente sabrán que la extinción de un incendio en la casa una mujer, sobre todo si se efectúa orinando dentro, representa la manera en que el niño imagina la relación sexual, estando simbolizada la mujer por la casa. El calor mencionado por Gulliver es el símbolo del deseo apasionado del hombre (y el fuego representa al mismo tiempo los peligros a los que se halla expuesto el órgano genital). Y, en realidad, para Gulliver, la amenaza de castigo viene a continuación y, circunstancia característica, proviene del Emperador, un sustituto paternal típico: “Ignoraba yo cómo apreciaría su Majestad la forma en que le había ayudado. Pues una ley fundamental del Reino es que nadie, sea del rango que sea, puede orinar en el recinto del palacio...”. En cuanto a la Emperatriz, se me advirtió que estaba desolada por mi conducta. Se había trasladado al otro extremo del castillo... y decía: “Sabré vengarme de él” (p. 66). La pena de muerte es revocada porque el Emperador le concede esa gracia, pero Gulliver no puede escapar al castigo de otra forma. La sentencia estaba redactada de este modo: “El llamado Quibus Flestrin -el Hombre Montaña, nombre que los liliputienses han dado a Gulliver-, contraviniendo el dicho Decreto y con la disculpa de apagar el fuego que se había declarado en las habitaciones de nuestra muy amada Dueña y Señora Su Majestad la Emperatriz, ha extinguido el susodicho fuego, con malicia, diablería y picardía, proyectando su orina mientras se hallaba en el recinto del susodicho Palacio real” (p. 78). Pero, en su clemencia, el Emperador le condena solamente a la pérdida de sus ojos, lo cual no disminuirá en absoluto su fuerza física y le permitirá seguir siendo útil a su Majestad. Como ven, el castigo es el mismo que el rey Edipo se infligió por haber tenido relaciones sexuales con su madre. Y en innumerables casos nuestra experiencia analítica nos muestra sin sombra de duda que la privación de los ojos puede representar una deformación simbólica del castigo de la castración.

Pero incluso amenazado de muerte y de mutilación, nuestro héroe Gulliver no puede renunciar a la satisfacción de sugerir una justificación a esta sentencia, a saber: que no se sentía solamente capaz de “apagar un incendio inundando de orina los apartamentos de la Emperatriz, sino que podía también, cualquier otro día y del mismo modo, inundar todo el Palacio Imperial” (p. 80).

Como ustedes saben, Gulliver consigue escapar de los liliputienses que se habían vuelto muy hostiles,

pero la fatalidad continúa persiguiéndole y durante el viaje siguiente cae en manos de los gigantes de Brobdingnag. Su primera experiencia con uno de los indígenas de este país es ya una representación simbólica de la amenaza de castración. (El hombre) “me pareció del tamaño de una espadaña de campanario ordinaria” y tenía en las manos una hoz de segador que “equivalía a seis de las nuestras” (p. 96). Gulliver estuvo a punto de ser cortado en dos por la hoz, pero se “puso a gritar con toda la fuerza que le proporcionaba el terror” (p. 97) mientras que la enorme criatura le cogía entre el pulgar y el índice, y lo examinaba con curiosidad y lo ofrecía luego como un juguete a su mujer y a sus hijos. Llamó a su mujer para que lo viese, “pero ella huyó lanzando gritos como hacen los ingleses cuando descubren un sapo o una araña” (p. 99).

El horror de las mujeres por las arañas, los sapos y otras criaturas que reptan es muy conocido como síntoma histórico. Un defensor de la teoría del traumatismo del nacimiento diría que esta angustia se explica simplemente por el hecho de que los pequeños reptiles son los símbolos de los niños pequeños que podrían deslizarse, en un sentido o en otro, por el orificio genital. Sin embargo, toda mi experiencia analítica confirma la opinión de Freud, quien considera que estas pequeñas criaturas, en particular las que están animadas por un movimiento rítmico, tienen como significado más profundo la representación simbólica del órgano genital y de la función genital, lo que explicaría esa especie de disgusto que produce su contacto, disgusto que a menudo es la primera reacción de la mujer cuando toca por vez primera los órganos genitales del hombre. Pienso que pueden interpretarse sin dudar estos sueños en que aparecen tales criaturas como la identificación de un cuerpo entero (el de un animal) con el órgano sexual macho y evocar el caso de esas mujeres que en sus sueños o en sus fantasías se hallan perturbadas por pequeñas criaturas u homúnculos.

Convertido en un juguete, Gulliver tenía la ocasión de observar de cerca a las muchachas y a las mujeres gigantes en sus funciones más íntimas, y no deja de describir las terroríficas sensaciones experimentadas a la vista de sus enormes dimensiones: “Debo confesar que nunca me había inspirado nada tal desagradado como la visión de un seno tan monstruoso; no hallo nada a lo que compararlo para dar al lector curioso una idea de sus dimensiones, de su forma y de su color. Era una protuberancia de unos seis pies de altura y por lo menos debía tener unos dieciséis pies de contorno. El pezón era como media cabeza mía y su superficie así como la de la areola se hallaba constelada por tantos granos, marcas y huellas rojizas que no creo que haya nada más repugnante; yo podía verlo todo muy bien desde lo alto de la mesa en que me encontraba, porque la mujer se había sentado para dar de mamar más cómodamente. Ello me hizo meditar en los hermosos cutis de nuestras damas inglesas cuya belleza deriva de que están hechos a nuestra escala, y sus defectos no nos serían perceptibles más que a través de una lupa; pues la experiencia demuestra entonces que el cutis más liso y más blanco parece grosero, rugoso y de un color desagradable” (p. 102).

Pienso que es buscar cinco pies a un gato el tratar de explicar el temor a los grandes agujeros en la piel de las mujeres a través del recuerdo del traumatismo del nacimiento. Gulliver es más bien la encarnación de ese tipo de hombre cuyo valor sexual se desvanece en presencia de una joven inglesa de piel delicada y que prefiere lamentarse de las dificultades de la tarea que le aguarda y de la falta de encanto de su objeto amoroso antes que admitir su propia insuficiencia.

Un contraste interesante a la extinción del incendio lo proporciona un capítulo posterior, en una escena en que Gulliver siente la necesidad de orinar en presencia de una de esas mujeres gigantes. Aquí evita que le miren o que le sigan, y luego se oculta entre dos hojas de acedera para satisfacer sus necesidades. Más adelante nos dice que las damas de honor tenían la costumbre de examinarlo y de tocarlo únicamente por placer. “A menudo me desnudaban como un gusano y me deslizaban entre sus senos, lo cual me disgustaba, pues, a decir verdad, su piel despedía un olor acre. No digo esto por desprestigiar a estas excelentes damas a quienes testimonio todo el respeto debido. Lo que me disgustaba de estas damiselas, en mis visitas a su casa, es que no se sentían molestas por mi presencia, y me trataban como si no existiera. En efecto, se desnudaban por completo o se quedaban en ropa interior ante mí, mientras me encontraba en su mesa de toilette justamente enfrente de su cuerpo desnudo, espectáculo que, lejos de inducirme a tentación, me provocaba horror y desagradado. Su piel era basta y desigual, estaba salpicada de granos del tamaño de un plato, coronados de gruesos pelos, y así toda su anatomía. No tenían escrúpulo, en mi presencia, en descargarse de los líquidos que habían bebido: al menos el contenido de dos barricas en unos recipientes mayores que tres toneles juntos. La más hermosa de estas damas de honor, una despreocupada muchachita de dieciséis años, se divertía a veces poniéndome a caballo sobre la punta de su seno o con otros juegos similares, que el lector

me perdonará si silencio, pero que me desagradaban absolutamente. Rogué a Glumdalclitch que me evitara cualquier relación con esa señorita” (p. 127).

Sabrán ustedes sin duda que, según los descubrimientos del psicoanálisis, dos sueños tenidos en una misma noche se esclarecen a menudo uno con otro. Podría decirse lo mismo de las dos primeras partes de *Los viajes de Gulliver*. La aventura en Lilibut representa la parte del sueño que corresponde a una realización de los deseos: una descripción del enorme tamaño y de la potencia viril del sujeto. Las terribles experiencias vividas en Brobdingnag nos revelan los móviles de la tendencia a agrandarse: el temor de fracaso en su rivalidad y en sus enfrentamientos con otros hombres y el temor de ser impotente con las mujeres.

Naturalmente, en la historia del segundo viaje se hallan también alusiones a situaciones de nacimiento y de existencia intrauterina. Durante toda su permanencia en el país de los gigantes, Gulliver era transportado en una cajita por una muchacha: de las cuatro esquinas de la cajita se había colgado una hamaca que pendía de hilos de seda, para amortiguar los golpes. La forma en que finalmente escapa el protagonista del país de los gigantes es aún más significativa; se despierta al sentir que su cajita es elevada por los aires y luego arrojada con una velocidad prodigiosa. “La primera sacudida me hizo caer de la hamaca; luego fui golpeado con mayor fuerza... y comencé a comprender en qué triste situación me encontraba: un águila había cogido mi caja con su pico y la iba a dejar caer sobre un roquedal, como si fuera un caparazón que envuelve el cuerpo de una tortuga, para extraerme luego y devorarme... Percibí en primer lugar una serie de golpes que me abatían sobre el águila... y luego repentinamente sentí que caía en vertical. Mi descenso duró algo más de un minuto y era tan rápido que perdí casi el aliento. Acabó con un ruido de agua espantoso, que retumbó en mis oídos con más fuerza que el de las cataratas del Niágara. Tras ello, me encontré en una oscuridad total durante cuatro minutos, y luego mi caja comenzó a elevarse, hasta que la luz apareció en lo alto de las ventanas. Me había caído al mar... Conseguí con dificultad salir de mi hamaca y tuve que aspirar rápidamente el aire porque estaba casi asfixiado. Muchas veces hice el propósito de volver a encontrarme con mi querida Glumdalclitch, de quien me había separado totalmente en el espacio de una hora” (p. 151-152). (Glumdalclitch era el nombre de la joven que le transportaba y a quien servía de juguete.) Naturalmente, en la historia del segundo viaje se hallan también alusiones a situaciones de nacimiento y de existencia intrauterina. Durante toda su permanencia en el país de los gigantes, Gulliver era transportado en una cajita por una muchacha: de las cuatro esquinas de la cajita se había colgado una hamaca que pendía de hilos de seda, para amortiguar los golpes. La forma en que finalmente escapa el protagonista del país de los gigantes es aún más significativa; se despierta al sentir que su cajita es elevada por los aires y luego arrojada con una velocidad prodigiosa. “La primera sacudida me hizo caer de la hamaca; luego fui golpeado con mayor fuerza... y comencé a comprender en qué triste situación me encontraba: un águila había cogido mi caja con su pico y la iba a dejar caer sobre un roquedal, como si fuera un caparazón que envuelve el cuerpo de una tortuga, para extraerme luego y devorarme... Percibí en primer lugar una serie de golpes que me abatían sobre el águila... y luego repentinamente sentí que caía en vertical. Mi descenso duró algo más de un minuto y era tan rápido que perdí casi el aliento. Acabó con un ruido de agua espantoso, que retumbó en mis oídos con más fuerza que el de las cataratas del Niágara. Tras ello, me encontré en una oscuridad total durante cuatro minutos, y luego mi caja comenzó a elevarse, hasta que la luz apareció en lo alto de las ventanas. Me había caído al mar... Conseguí con dificultad salir de mi hamaca y tuve que aspirar rápidamente el aire porque estaba casi asfixiado. Muchas veces hice el propósito de volver a encontrarme con mi querida Glumdalclitch, de quien me había separado totalmente en el espacio de una hora” (p. 151-152). (Glumdalclitch era el nombre de la joven que le transportaba y a quien servía de juguete.).

Ningún analista interpretará esta evasión como una fantasía del nacimiento, como el fin natural del embarazo, representado por el hecho de ser transportado en una caja. Por el contrario, los sueños de este tipo apenas permiten ver en esta escena, como Rank supone, las circunstancias del nacimiento individual del soñador. Es mucho más probable que Gulliver, así como todos aquellos cuyos sueños comportan fantasías de nacimiento, transformen y minimicen de este modo los riesgos sexuales perfectamente reales a los que no se atreven a enfrentarse para convertirlos en heridas originarias de la infancia, incluso del período fetal. Y como si el autor hubiera querido afirmar estrictamente y sin ninguna duda que en el viaje de Gulliver todo el cuerpo representa efectivamente el órgano masculino y el coito, completa la descripción de la evasión añadiendo que una de las escasas prendas que Gulliver consiguió guardar de la madre gigante como recuerdo era “un anillo de oro que

un día me dio de forma gentil: quitándolo de su dedo meñique y colocándomelo en el cuello como collar” (p. 157). Los especialistas en el folklore y los psicoanalistas coinciden en pensar que la alianza colocada en el dedo es una representación simbólica del coito, figurando el anillo como órgano sexual femenino y el dedo como órgano masculino. De este modo, cuando la gigante quita su anillo del dedo meñique para colocarlo en el cuello de Gulliver, este gesto expresa que únicamente su cabeza hubiera tenido el tamaño necesario para realizar la función sexual que ordinariamente puede cumplir un órgano del tamaño de un dedo.

Todas las obras geniales se caracterizan por una extraordinaria multiplicidad de interpretaciones posibles: así *Los viajes de Gulliver* han sido interpretados de formas muy distintas. A pesar de su superficialidad, tales interpretaciones no carecen de fundamento. Walter Scott, en la corta biografía que consagra a Jonathan Swift, el autor de *Los viajes de Gulliver*, refiere cómo reaccionaron las diferentes clases sociales ante esta obra. Los lectores de las clases sociales superiores vieron en ella una sátira personal y política; la gente ordinaria la consideró como una apasionante historia de aventuras; los románticos admiraron su elemento sobrenatural; los jóvenes ponderaron su astucia y su ánimo; los pensadores destacaron sus enseñanzas morales y políticas. Pero los ancianos abandonados y los ambiciosos decepcionados solamente hallaron en ella las máximas de una misantropía triste y amarga.

Podrían considerarse estos comentarios como explicaciones preconscientes, mientras que el psicoanálisis pretende explicar igualmente la significación inconsciente de los viajes. El estudio de la vida de Jonathan Swift nos ayudará posiblemente a decidir la oportunidad de nuestra interpretación. Gran número de autores han escrito volúmenes enteros sobre este extraordinario personaje, pero Hans Sachs es el único psicoanalista que yo sepa que le ha consagrado un estudio psicoanalítico. El rápido examen que yo mismo he podido realizar de la vida de Swift permite evidenciar un determinado número de hechos que corroboran mi concepción de las fantasías de aumento y de reducción en *Los viajes de Gulliver*. Mencionaré brevemente algunos hechos entre los más importantes de la vida de Swift.

Jonathan Swift nació el treinta de noviembre de 1667. Hasta el fin de su vida celebró siempre su aniversario con una jornada de ayuno y de duelo, sin omitir nunca la lectura del tercer capítulo del libro de Job. Richard Brennan, criado en cuyos brazos murió, cuenta que en los escasos momentos de lucidez durante su fatal enfermedad, Swift parecía consciente de esta fecha, como lo testimonia el que constantemente repitiera estas palabras: “Que perezca el día en que he nacido y la luz que iluminó el momento en que fue dicho que un hijo de hombre acababa de ser concebido”. Swift fue un hijo póstumo. Un acontecimiento extraordinario lo sustrajo durante cierto tiempo al cuidado de su tío y de su madre. La nodriza que se encargaba de él lo quería tanto que lo robó a su madre y lo transportó al otro lado del Canal de la Mancha. La delicada salud del niño y la dificultad que tuvo en esos años para volver impidieron su retorno durante tres años.

Puede suponerse probablemente sin demasiado riesgo que estos acontecimientos y estas situaciones extraordinarias de su infancia produjeron en Swift una impresión indeleble e influenciaron poderosamente su desarrollo ulterior, y que posiblemente abonaron su pasión por los viajes aventureros. Cuando los elementos patógenos en la infancia aparecen tan claros, apenas es preciso buscar la existencia de anomalías fisiológicas en el momento del nacimiento.

La experiencia psicoanalítica nos enseña que los hijos que han crecido sin padre raramente desarrollan una vida sexual normal: en su mayoría se convierten en neuróticos o en homosexuales. En estos casos, la fijación a la madre no procede de un traumatismo del nacimiento, sino que debe ser atribuida a la ausencia de un padre que permitía al niño regular con relación a él su conflicto edipiano, y cuya presencia le ayudaría a resolver la angustia de castración mediante un proceso de identificación. Naturalmente, la forma excesiva en que la madre y la nodriza pueden viciar al niño le hacen menos apto para rivalizar con los restantes muchachos y esta ineptitud es a menudo una de las causas principales de las perturbaciones de la potencia sexual. Además, cuando no existe el padre, la madre es la única persona que desempeña la función disciplinaria o, en materia de sexualidad, el poder de castración, lo que supone a menudo una exageración de la reserva y de la timidez normales en las relaciones del muchacho con las mujeres a las que respeta, e incluso con las mujeres en general. El comportamiento ulterior de Swift, en particular en el terreno sexual, muestra efectivamente que se trata de un neurótico. Así, por ejemplo, comenzó a cortejar a la señorita Waring, a la que llamaba afectuosamente Varina, y en su biografía se lee esto: “Este cortejo, por lo que sabemos,

era absolutamente ridículo. Mientras la dama se mostraba tímida y fría, nada igualaba la impetuosidad de su galante, pero cuando al cabo de una larga resistencia capituló de improviso, el amante desapareció rápidamente y las calurosas cartas dirigidas a “Varina” cedieron la plaza a la señorita “Jane Waring” de una forma fría y formal... que dejaba claramente adivinar que el paciente pretendiente se convertiría en un novio recalcitrante. La dama tuvo el valor necesario para romper aquellas relaciones y Swift permaneció libre para ensayar su talento con una víctima más desafortunada”. Es interesante saber que en contradicción con estos escrúpulos exagerados, según un rumor que circula en esta parte de Inglaterra, Swift habría cometido un atentado al pudor en la persona de la hija de un granjero y se habría presentado una denuncia bajo juramento contra él ante Mister Dobbs, alcalde de la ciudad vecina.

Por otra parte, según los relatos en torno al famoso matrimonio que concertó más tarde con la señorita Esther Johnson -más conocida con el nombre poético de Stella-, Swift manifestó una dependencia y una notable pasión desde el comienzo de sus relaciones. Es cierto que un comentario de Swift a propósito de esta unión, citado por Walter Scott, parece desmentirlo: “Es una costumbre a la que podría renunciar sin dificultad y que podría abandonar en la misma puerta de la iglesia”. Y esto efectivamente es lo que ocurrió. Swift se casó con Stella a condición de mantener en secreto el matrimonio y de continuar viviendo separados. Se hallan, pues, efectivamente en estos episodios de su vida privada, las grandes consecuencias de su desarrollo infantil perturbado. Desde el punto de vista psicoanalítico, podría decirse que este comportamiento neurótico corresponde a una inhibición de la potencia normal, por una falta de coraje respecto a las mujeres respetables y posiblemente la resistencia de una tendencia agresiva hacia las mujeres de nivel inferior. Este conocimiento íntimo de la vida de Swift nos da seguramente derecho a considerar las fantasías contenidas en *Los viajes de Gulliver* como las asociaciones libres de nuestros pacientes neuróticos en el análisis, en particular cuando interpretamos sus sueños. La desventaja de tal análisis efectuado *in absentia* es que el paciente no puede confirmarnos nuestras conclusiones; por el contrario, en el plano científico, el análisis póstumo presenta la ventaja de que el analista no puede ser acusado aquí de haber sugerido al paciente lo que tenía que decir. Creo que el argumento biográfico confirma nuestra hipótesis según la cual las fantasías gulliverianas de aumento o de reducción de las personas o de los objetos expresan el sentimiento de insuficiencia genital de una persona cuyas actividades sexuales han sido inhibidas por intimidaciones y fijaciones en la primera infancia.

Mi análisis de Swift y de su obra maestra ha sido posiblemente demasiado largo, pero pienso que confirma la interpretación que propongo para las fantasías y los síntomas liliputienses y brobdingnagienses presentados por los pacientes psicóticos y neuróticos, que también son muy frecuentes en los sueños.

La mejor conclusión es una frase ligeramente modificada del propio Gulliver: “Espero que mis lectores me perdonen por haberme extendido tanto sobre estos detalles y otros semejantes; aunque puedan parecer insignificantes, ayudarán sin duda a un filósofo a ampliar el campo de su pensamiento y de su imaginación con gran beneficio del público y de su propia vida privada”.

Les agradezco una vez más su invitación y la paciencia con que me han escuchado.

(Sándor Ferenczi. Obras Completas, Psicoanálisis Tomo IV, Ed. Espasa-Calpe, S.A. Madrid, 1984).

Volver a Selecciones Ferenczianas

PÁGINAS DEL PORTAL ALSF-CHILE

<http://www.alsf-chile.org> - <http://www.biopsique.cl> - <http://www.indepsi.cl>

Contacto: alsfchile@alsf-chile.org.